

Silvia Casasola y Juan Antonio Cebrián

EL VALOR

es cosa de

MUJERES

La apasionante historia de quince españolas intrépidas



EL VALOR ES COSA DE MUJERES

LA HISTORIA DE QUINCE ESPAÑOLAS INTRÉPIDAS

SILVIA CASASOLA
Y JUAN ANTONIO CEBRIÁN



© Silvia Casasola y Juan Antonio Cebrián, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Ediciones Temas de Hoy, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones

Depósito legal: B. 27.591-2017
ISBN: 978-84-9998-630-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Introducción	13
I. Gala Placidia (390?-450)	15
La romana que reinó en Hispania	15
Otras hispanas del mundo antiguo	16
Una princesa en la mortecina Roma	17
Secuestrada por los bárbaros	20
El sueño de unir dos mundos	22
Regente de un imperio	27
II. Adosinda (?-después de 785)	31
La valiente nieta de don Pelayo	31
Féminas bravas en el reino visigodo.	32
La dinastía de Pelayo y sus mujeres	35
Reina de Asturias.	37
El sueño cumplido.	38
III. La mora Zayda (1066-1101)	40
El gran apoyo de Alfonso VI	40
Musulmanas célebres en al-Ándalus.	41
De princesa a barragana.	42
La promesa incumplida.	45
Una musulmana, reina de Castilla y de León.	47

IV. Urraca I de Castilla y de León (1081-1126)	50
Una brava reina medieval	50
La revolución de la mujer en la época medieval.	50
De condesa a reina	51
Una relación tumultuosa	53
El maltrato del Batallador	55
Conflicto de intereses	57
Reina de Castilla y de León.	59
V. María Pacheco (1496-1531).	62
La mujer que se enfrentó a un emperador	62
Mujeres de armas tomar en el Imperio español	63
La noble que abrazó la libertad	64
Guerras de las Comunidades	66
Una fiera leona	68
VI. Inés Suárez (1507-1580)	72
La española que ayudó a conquistar Chile.	72
Un tiempo convulso	73
La heroína extremeña	75
Conspiración contra Valdivia.	78
El temido juicio.	81
VII. Catalina de Erauso (1592-1650)	83
La indómita monja que quiso ser soldado	83
Otra monja guerrera	84
Libertad, ansiada libertad	85
Una nueva vida en América.	86
Bofetada de realidad	87
La Monja Alférez.	89
VIII. Santa Teresa de Jesús (1515-1582).	92
La mística revolucionaria.	92
Buscando su camino	93
La reformadora Teresa	96
Los libros de mi vida	98
Amigos fieles, casi hijos	100
Sus últimos días.	104

IX. Ana de Mendoza (1540-1592)	106
La intrigante princesa de Éboli	106
Forjando su propio destino	107
Vampiresa de hombres.	108
El enigma del parche	110
Pastrana, el señorío de los príncipes de Éboli.	111
Ana vs. Teresa	113
Amistades peligrosas	116
X. María Pita (1564?-1643)	122
La española que humilló a los ingleses.	122
Galicia bajo amenaza británica	124
La lucha desesperada de los coruñeses	127
Una gallega rotunda	129
Peleona hasta sus últimos días	132
XI. Agustina de Aragón, la artillera (1786-1857)	135
El gran símbolo de la independencia española.	135
Españolas que lucharon contra el francés.	136
Nacida en tiempos convulsos.	138
El rodillo francés	140
Rumbo a Zaragoza	145
Agustina entra en combate	147
Prisionera de los franceses	153
En la guerra y en la paz	155
El reposo de una luchadora	158
XII. Mariana Pineda (1804-1831).	161
El símbolo femenino del liberalismo constitucional.	161
Bajo el cielo de Granada	162
Trasiegos clandestinos	166
Libertad, Igualdad y Ley	169
XIII. Josefa Esmorís (1833-?)	175
Una bandolera llamada Pepa la Loba.	175
El bandolerismo en España y otras bravas bandoleras	176
De pastora a bandolera	183

La venganza de la Loba	185
Su leyenda	187
XIV. Concepción Arenal (1820-1893)	188
El reto de la educación universal en España.	188
La primera universitaria española.	190
Visitadora de prisiones.	195
Concepción Arenal y el feminismo	197
Sus últimos años	199
XV. Clara Campoamor (1888-1972)	200
La incansable fémina que logró el voto de la mujer en las urnas .	200
Seducida por la política	202
Clara vs. Victoria.	203
Mi pecado mortal	208
Epílogo	211
Agradecimientos	215
Bibliografía	217

I

GALA PLACIDIA

*Los hombres se cansan antes de dormir, de amar,
de cantar y bailar que de hacer la guerra.*

HOMERO, poeta del siglo VIII a. C.,
uno de los autores favoritos de Gala Placidia.

LA ROMANA QUE REINÓ EN HISPANIA

A fines del siglo I a. C. siete legiones bajo el mando del flamante emperador Octavio Augusto sojuzgaban los últimos focos de resistencia astur-cántabra, con lo que se trazaba rúbrica final a la conquista de Hispania tras dos siglos de extenuante conflicto que dejó sembrada de cadáveres la península ibérica, aunque también de mestizaje en un evidente ejercicio de civilización que otorgó a los autóctonos buena parte de la idiosincrasia que aún hoy en día nos adorna. En ese tiempo las tribus ibéricas enraizadas en sus costumbres tradicionales abandonaron buena parte de su carácter ancestral para asumir de manera indefectible la nueva posición en el contexto de la cultura occidental impuesta por Roma. Por supuesto, las nuevas formas también afectaron a las mujeres, las cuales se integraron con resolución en las interesantes propuestas sociales aportadas por la metrópoli latina. De ese modo, pobladoras celtas, íberas y celtíberas se despojaron del papel secundario atribuido por sus sociedades nativas, para iniciar un camino más acorde con los tiempos modernos emanados desde la poderosa Roma, a la sazón luminosa capital del mundo conocido.

Durante las casi cinco centurias imperiales que siguieron, las hispanas fueron progresivamente descollando en algunos campos de actuación, bien es cierto que Roma no consentía una integración social plena del elemento femenino, pero, sin duda, las mujeres tuvieron al menos un primigenio margen para comenzar a sobresalir por su valía y lucidez con decenas de

ejemplos singulares que así lo acreditaron en Hispania durante la etapa imperial romana.

OTRAS HISPANAS DEL MUNDO ANTIGUO

A nadie escapa que numerosas mujeres de procedencia ibérica influyeron con decisión en grandes hombres de su época, bien por grado de parentesco o en decidida acción personal o sentimental. Referiremos aquí episodios tan evidentes como los protagonizados por Helvia, madre de Séneca, el eminente filósofo cordobés, quien dedicó a su progenitora un agradecido texto titulado *Consolación a Helvia*, donde quedaba patente la influencia materna en la edificación de su personalidad. Asimismo, otras hispanas de elevado rango quedaron asociadas a la trayectoria de importantes prebostes imperiales; fueron los casos de las sevillanas Marciana Augusta Ulpia, hermana de Trajano, primer emperador hispano y auténtica legitimadora gracias a la genética de la dinastía Antonina, y de Paulina Domicia, hermana del emperador Adriano e inserta en la primera línea de la política romana de la época que le tocó vivir. Por otra parte, no olvidemos a las intrépidas religiosas de este periodo, verbigracia, las hispalenses Justa y Rufina, quienes figuran en el santoral cristiano como las primeras mártires femeninas de su credo en tierras de la península ibérica y a las que añadiremos, por abundar, a las Eulalias: una, de Barcelona; la otra, de Mérida; y ambas, santas patronas de sus respectivas ciudades dada la valentía demostrada ante la tortura infringida por sus captores romanos.

Cuando el cristianismo se implantó, tras la conversión fundamental del emperador Constantino durante el primer tercio del siglo IV d. C., la fe de la cruz se extendió por las provincias imperiales, incluida Hispania donde, como es lógico, las mujeres otrora sacerdotisas en los templos politeístas consagrados al panteón latino, ahora se transformaban en féminas religiosas que habitaban rudimentarios recintos sagrados bajo la advocación de las principales figuras católicas. Precisamente desde uno de esos conventos originales ubicados en la antigua Galaecia (Galicia) partió Egeria, una mujer de indiscutible carácter, rumbo a Tierra Santa, dispuesta a emular a su predecesora viajera santa Elena, madre del anteriormente citado Constantino y descubridora de la *Vera Cruz* en Jerusalén. Egeria estaba al parecer entroncada con la familia del también emperador hispano

Teodosio I y aprovechó semejante circunstancia para desplazarse, bajo salvoconducto imperial, a los lugares que pisó Jesús de Nazaret, en un episodio que hubiese pasado a la historia del olvido de no ser porque la gallega tuvo la feliz idea de dejar plasmadas, en un texto llamado *Peregrinación a Tierra Santa*, todas sus aventuras itinerantes. De hecho, esta obra que vio la luz hacia 380 d. C. está considerada la primera escrita en Hispania por una mujer de la que queda constancia y fue muy útil en su tiempo para conocer cómo era la religiosidad del siglo IV d. C., así como algunos aspectos peculiares del Oriente vinculado a la cristiandad.

En el capítulo profesional no podemos eludir menciones tan vistosas como las de la empresaria levantina Viria Acte, nacida en la antigua Valentia (Valencia), que logró un reconocido prestigio gracias a la exitosa dirección de un taller escultórico de su propiedad con varios empleados a su cargo; o la galena Julia Saturnina, nacida en la extremeña Augusta Emérita (Mérida), y reputada especialista en obstetricia como quedó reflejado en la lápida funeraria que le dedicó su admirado esposo.

En definitiva, la mujer alcanzó por méritos propios, durante el final de la Antigüedad, un estatus jamás visto hasta entonces, con lo que pudieron aflorar las mejores sensaciones intelectuales que proyectaron a las mujeres hacia la primera intención de su auténtica dimensión humana y universal. Pero sin duda uno de los casos más significativos de semejante circunstancia lo constituyó una fémina por cuyas venas circulaba sangre hispana y que dio, gracias a su buen hacer, una última oportunidad al imperio que se resquebrajaba durante el siglo V d. C. Por añadidura, su amor declarado a un jefe bárbaro supuso la oportunidad única de unir dos mundos claramente antagonistas en aquel escenario decadente que se debatía en medio de una ruptura total con el pasado.

UNA PRINCESA EN LA MORTECINA ROMA

Gala Placidia vio la luz del mundo por primera vez hacia el año 390 d. C., era hija de Teodosio I el Grande, tercer y último hispano que ocupó el trono imperial y cuya muerte supuso el definitivo desgajo en dos mitades del imperio romano que, al fin, quedó repartido entre Oriente y Occidente. Precisamente, se cree que Placidia pudo nacer, según algunas versiones, en Constantinopla, la hermosa capital oriental, aunque otros investigadores sospechan

que la princesa habría llegado a este *valle de lágrimas* en la italiana Milán, ciudad que por entonces ostentaba importancia principal en los acontecimientos del mortecino occidente romano y, según las crónicas, tanto Teodosio como su esposa Gala se encontraban en la futura capital lombarda en el momento del parto. La verdad es que ni siquiera nos ponemos de acuerdo en cuanto a una fecha exacta sobre el nacimiento de Placidia, pues unos piensan que fue en el año 388, los más aventuran el mencionado 390 y hay quien aleja el dato hasta 392, 394, 395...; que a nadie extrañe dicha confusión cronológica y geográfica, dado que las fuentes son escasas y, como vemos en ocasiones, poco contrastadas. Sea como fuere, los progenitores de nuestro personaje tuvieron el honor de unir el Imperio romano por última vez en un desesperado esfuerzo por recuperar un pretérito esplendor que ahogaba su luz por momentos entre las grietas de la decadencia más absoluta y abocada al fin en manos de los pueblos invasores provenientes de Germania.

Por su parte, Teodosio I había nacido en Couca (Coca, actual provincia de Segovia), una localidad inscrita en la vieja provincia hispana de Galaecia donde el futuro Augusto se casó con su primera esposa Flacila, también hispana, y con quien tendría a sus dos hijos varones, Arcadio y Honorio, llamados a ser emperadores de Oriente y Occidente, respectivamente. Más tarde, cuando Teodosio quedó instalado en el trono de Constantinopla, obtuvo fuerza y prestigio suficientes para recibir la petición expresa de ayuda formulada por el emperador occidental Valentiniano II, siempre amenazado en sus territorios por las invasiones bárbaras y por los propios conjurados internos, los cuales no reparaban en sublevaciones que otorgasen el devaluado rango de emperador a cualquier usurpador de provincias con ínfulas imperiales. El apoyo de Teodosio hacia su igual en Occidente fructificó en una magnífica alianza que para mayor ratificación quedó sellada mediante el matrimonio del emperador oriental (por entonces viudo) con Gala Placidia, hermana de Valentiniano II y con la que tuvo a su hija de idéntico nombre al de la progenitora, y que se convirtió en hermanastra, por tanto, de los mencionados Arcadio y Honorio. La pequeña Gala recibió, como era preceptivo, una educación propia de su distinción social y, según parece, sus primeros años de vida los pasó en las estancias palatinas de Constantinopla en un ambiente cubierto de lujos y comodidades. No obstante, esta presunta felicidad de la infantil princesa fue trastocada con severidad cuando su padre contrajo una grave enfermedad mientras permanecía en Milán.

Con presteza el emperador, sintiendo que se le agotaba su existencia, mandó llamar a sus hijos para que acudiesen a recibir sus últimas disposiciones. El óbito imperial se produjo el 17 de enero del año 395 y, como ya hemos apuntado, Arcadio, el mayor de la prole, asumió el trono de Oriente, mientras que los pequeños Honorio y Gala Placidia marcharon a Roma para ser confiados a su prima Serena, quien estaba a su vez casada con el *magister militum* Estilicón, un veterano militar, considerado el hombre fuerte de Occidente, con la misión de tutelar el crecimiento del pequeño Honorio en su discurrir por el gobierno de las cada vez más golpeadas provincias occidentales. La relación entre la joven Placidia y su prima no fue, a decir verdad, modelo de amistad o complicidad y desde el principio la fricción entre ambas personalidades de marcado carácter no tardó en ofrecer chispas de alta intensidad. Gala era tan bella como ambiciosa y aún niña quiso vivir de manera independiente en su propio palacio rodeada de una corte afín a sus caprichosos gustos. De paso, la princesa aprovechó para fomentar su enemistad con Serena y propició un acercamiento personal con la facción senatorial que denostaba las prácticas cuasi dictatoriales de Estilicón en su posición de protector del joven emperador Honorio.

La situación política en Roma no invitaba al optimismo y, como era de esperar, los enemigos exteriores aprovecharon su oportunidad dispuestos a morder el apetitoso bocado que les ofrecía sin oposición aparente el debilitado imperio occidental, y de ese modo, en el año 408, los visigodos dirigidos por su rey Alarico I irrumpieron desde el norte peninsular italiano en una ofensiva terrorífica que devastó ciudades y aldeas ante el pasmo de los trémulos romanos.

Como era de prever, los senadores enfrentados a Estilicón culpabilizaron a este del desastre acontecido a manos bárbaras, y un imprudente Honorio aceptó quitarse de en medio a tan valioso general ante las demandas del sector senatorial más conservador. Finalmente, el 23 de agosto de dicho año, el bravo militar de origen vándalo fue asesinado a las puertas de una iglesia romana, mientras que Gala Placidia daba su aprobación más siniestra para que su prima Serena fuese ejecutada bajo la acusación de traidora al imperio. Sin embargo, tanto degollamiento sirvió más bien de poco, pues treinta mil hombres que habían servido bajo el mando de Estilicón se pasaron en bloque a los visigodos invasores al sentirse huérfanos de su carismático jefe, con lo que las huestes de Alarico, reforzadas por este inesperado aporte cuantitativo, se lanzaron contra su objetivo final, el cual no

era otro sino la mismísima ciudad de Roma, que quedó sitiada por las tropas bárbaras durante el verano del año 410. Mientras esto sucedía, el desolado Honorio permanecía en la ciudad de Rávena con el gesto impávido a la espera de noticias fatales tras la ruptura de negociaciones con los godos. La suerte parecía echada para el imperio romano occidental. Pero, ¿qué futuro esperaba a la princesa Gala Placidia?

SECUESTRADA POR LOS BÁRBAROS

El 24 de agosto del año 410, Alarico I daba la orden trascendental de ocupar la ciudad eterna en un episodio que supondría el principio del fin para el agónico imperio. El punto elegido para iniciar el asalto fue la puerta Salaria, sita en el nordeste de Roma y que cayó como una pluma ante el avance de las incontenibles hordas bárbaras ávidas de hacer presa en un cuantioso botín. En ese sentido, cabe comentar que las órdenes del jefe visigodo fueron rotundas y, si bien, no puso impedimento para que sus hombres expoliaran cuanto quisieran en palacios, villas nobles o casas populares, sí que advirtió a sus tropas que respetasen recintos sagrados o monumentos emblemáticos de la urbe, ya que el propio caudillo bárbaro no descartaba un viejo sueño incubado tiempo atrás en el que se veía coronado como el primer emperador godo de Roma. No en vano, su tribu estaba considerada la más civilizada de cuantas integraban los pueblos germánicos, y el mismo Alarico era un declarado amante de la belleza y la cultura, por lo que no quería bajo ningún concepto pasar a la historia como aquel que destruyó la ciudad más hermosa del mundo.

Con todo, durante siete días y sus noches los guerreros visigodos sometieron Roma a una rapiña prolongada que dio sus frutos en forma de grandes tesoros acumulados en los campamentos bárbaros que rodeaban o se incrustaban en la capital de las siete colinas. De esa forma, enormes cantidades de oro, plata, especias o ricas telas fueron engrosando el cada vez más importante patrimonio godo ante la sonrisa de Alarico, quien aumentó su placer de victoria cuando sus guerreros condujeron ante su presencia a la princesa Gala Placidia, recientemente capturada en su palacio romano. El líder bárbaro respetó en todo momento a la hermana del emperador, pues en ella vio diferentes posibilidades cara a la inevitable negociación con los latinos. Por un lado, se podría obtener un gran rescate

por la devolución de la muchacha y, por otro, la noble aristócrata podría servir como salvoconducto en un hipotético repliegue de los godos sobre el norte italiano buscando salir de la ratonera en la que se estaba convirtiendo la bota itálica, pues a nadie escapaba, incluido Alarico, que los romanos tarde o temprano organizarían una venganza digna de las mejores tragedias griegas. En consecuencia, Placidia se transformó, sin quererlo, en la pieza más codiciada obtenida por los godos en su saqueo de Roma, amén de la enigmática mesa de Salomón o la menorá judía, inmejorables reliquias conseguidas anteriormente por las legiones en sus correspondientes invasiones por tierras judías y palestinas.

Tras satisfacer su sed de tesoros, el rey Alarico ordenó a sus ejércitos que abandonasen Roma con destino al sur italiano, dispuestos a proseguir con aquella incontestable acción de guerra. La colosal columna visigoda integrada por más de doscientas mil almas, incluida la orgullosa Gala Placidia, presentaba un aspecto formidable en el que se podían vislumbrar los efectos del saqueo romano con largas hileras de carros rebosantes de intendencia y riquezas arrebatadas a los vencidos latinos. El avance godo se constituyó en grave plaga que asoló cuantos territorios se ofrecían a su paso; fueron los casos de las regiones de Campania, Apulia o Calabria, donde los bárbaros acreditaron su funesto prestigio de brutales soldados sin que nadie pudiera oponerse en principio a su abrumador poder bélico. Empero, la fatalidad tenía una cita con los godos occidentales y, cuando estos se disponían a tomar la calabresa ciudad de Consenza, Alarico I sufrió los extremos rigores de la malaria que acabó con su vida en el otoño de 410 d. C. El cadáver del venerado monarca fue enterrado en el lecho del río Busento, cuyo cauce fue desviado para la excavación de un sepulcro en el que se depositaron valiosos tesoros que nadie se atrevió a cuantificar. Hoy en día esta tumba aún permanece incógnita y su hallazgo sigue siendo uno de los grandes objetivos para la arqueología moderna.

Tras el óbito de Alarico, la situación era confusa para los bárbaros al haberse quedado sin el líder que les había unido para la gloria de conquistar Roma, por lo que se precisaban buenos generales y un nuevo rey que condujesen a los godos hacia una salida honrosa en aquel momento acuciante, pues para entonces ya se conocían los planes de revancha que estaban urdiendo las tropas romanas acantonadas en el norte peninsular bajo el mando del *magister militum* Constancio, un militar lúcido y, por cierto, antiguo pretendiente de Gala Placidia que no descartaba recuperar a la

princesa romana para unirse a ella en matrimonio. Por su parte, los godos no tardaron, siguiendo sus viejas costumbres, en elegir sucesor del llorado Alarico, pues el príncipe Ataúlfo, cuñado y casi hermano del fallecido caudillo, gozaba de suficiente prestigio para alzarse en adelantado regio de aquella hueste buscadora de una tierra a la que llamar patria. Los hombres desenvainaron sus espadas y, entre ensordecedores gritos, hicieron chocar sus armas contra los escudos mientras vitoreaban a Ataúlfo, quien con sentido gesto asumió la encomienda de su pueblo, dispuesto a solventar de la mejor manera posible el trance en el que los godos se veían involucrados.

Ataúlfo disfrutaba de un rostro agraciado que algunos llegaron a catalogar de bello. Asimismo, aunque no era alto de estatura, su corpulencia daba muestras de un consumado entrenamiento físico. En el momento de su elección ya estaba casado y, a pesar de su juventud, podía contar seis hijos sanos que de inmediato se convirtieron en los herederos de su padre, el cual pertenecía al influyente linaje baltingo que había dirigido a los godos desde generaciones atrás. No obstante, Ataúlfo era consciente de que su pueblo no podía permanecer en Italia ni un minuto más, aun conservando intacto su temible poder militar, y, en consecuencia, con buen criterio se olvidó de cualquier pretensión albergada por Alarico de dominar el imperio occidental con sus rancias instituciones de gobierno y dio la orden de replegarse sobre el norte con la intención de abandonar la península itálica con destino al sur de las Galias, lugar donde Ataúlfo pretendía levantar el ansiado reino visigodo. Para entonces es muy posible que la princesa Gala Placidia fuese motivo de esmeradas atenciones por parte de Ataúlfo, quien, según se dice, quedó prendado por la hermosura de la romana. No es de extrañar que estos sentimientos recibiesen justa reciprocidad y que, por tanto, ambos ya fuesen amantes desde el mismísimo abandono de Roma.

EL SUEÑO DE UNIR DOS MUNDOS

A los godos, dada su precaria situación en el sur italiano, solo les quedaba un camino, y ese era el de pactar con Honorio su salida de Italia. Por su parte al emperador, aunque mantenía un odio visceral hacia los bárbaros, no le quedó más remedio, dada su delicada situación en Britania, Galias e Hispania, que prometer al rey Ataúlfo tierras y suministro de víveres

a cambio de su ayuda como pueblo federado. De tal guisa se acordó el establecimiento de los visigodos en el sur de las Galias, una vez allí ayudarían al ejército romano dirigido por el *magister militum* Constancio a reequilibrar una situación que se antojaba irresoluble, ya que por las Galias desfilaron los ejércitos del britano Constantino, siempre deseoso de invadir Italia. Asimismo, operaban tropas del galo Jovino, ayudado este por un visigodo llamado Saro que, por cierto, era un enemigo atroz del linaje baltingo. Desde el año 406, el caos se había adueñado de territorios considerados como la flor y nata del Imperio romano, lo que facilitaba que cualquier aristócrata o general de provincias se creyera con facultades para asumir el poder y reconducir la situación. Por añadidura, en el otoño de 409 d. C. más de doscientos mil bárbaros entre suevos, vándalos y alanos habían irrumpido en Hispania con la intención de asentarse en aquella tierra, al no poseer Roma en dicha latitud tropas suficientes que pudiesen contener la avalancha invasora. Es por ello que la llegada en 411-412 del rey Ataúlfo y su pueblo a las Galias supuso un alivio para el general Constancio, quien experimentaba en su corazón sentimientos contradictorios, ya que, por un lado, admiraba la valía militar del rey goda, pero, por otro, lo rechazaba al ser su rival en la lucha por el amor de la princesa cautiva.

Ataúlfo cumplió su palabra y a fines de 412 sus tropas habían derrotado a cuantos enemigos se enfrentaban a Roma en el territorio de las Galias. Pero el desagradecido Honorio no quiso enviar la compensación acordada con los bárbaros, por lo que Ataúlfo tuvo argumentos morales suficientes para evitar la devolución a Roma de su amada Placidia. Este gesto fue entendido por los romanos como un *casus belli* (motivo de guerra) y el general Constancio no tardó en convencer a su emperador para el inicio de hostilidades contra aquellos germanos irredentos. La guerra estalló con absoluta virulencia y los hambrientos godos sometieron a sitio la plaza de Marsalia (actual Marsella), que fue defendida con brillante resolución por las tropas dirigidas por el *comes* Bonifacio. Los atacantes chocaron con estrépito estéril contra los muros de la ciudad, siendo derrotados tras una batalla sangrienta y con el propio Ataúlfo herido durante el combate. No obstante, este descalabro bélico no supuso graves mermas en el potencial militar visigodo y, con rabia, las huestes de Ataúlfo cabalaron hacia el oeste galo, donde conquistaron las tierras pertenecientes a las actuales Narbona, Tolosa, Burdeos..., en una avalancha que culminó con la dominación goda de las regiones de Aquitania, Novempopulania y Narbo-

nense. De ese modo concluyó el año 413, con un Ataúlfo dispuesto a dar un nuevo giro de tuerca a una situación geopolítica cada vez más insostenible para el Imperio romano.

Sin embargo, el golpe de gracia que más perjudicó los intereses imperiales fue el de la inesperada celebración matrimonial que unió las vidas del rey bárbaro y de su supuesta rehén romana. Los esponsales se llevaron a cabo en enero de 414 en la ciudad de Narbona. El lugar elegido para la boda fue la esplendorosa villa de un magnate galo romano llamado Ingenio, quien estuvo a la altura de semejante acontecimiento, pues el anfitrión procuró al festejo toda clase de pompa y ornamento en aquel enlace organizado para fusionar dos mundos hasta entonces rivales. Gala lució bellísima sus ropajes de estilo latino, mientras que Ataúlfo ciñó su mejor túnica revestida de aires germánicos. La reunión resultó magnífica, centenares de invitados comían, bebían y sonreían ante el halagüeño futuro que planteaba la situación, pues a nadie escapaba que el renombrado episodio podría suponer el pretendido respeto al fin de Roma hacia las expresas peticiones de independencia formuladas por los godos desde su nueva patria en el sureste de las Galias. Aunque lejos de los propósitos iniciales de Ataúlfo, en Roma el emperador Honorio montó en cólera nada más recibir la noticia de aquel asombroso enlace entre su hermana y el bárbaro. A este enojo imperial se sumó un celoso Constancio, quien no veía el momento para cobrarse una ansiada venganza en carne goda. Honorio, movido por la ira, decidió no mantener más lo que él suponía una farsa y prometió la mano de Gala Placidia a su general y consejero Constancio a cambio de la expulsión del pueblo visigodo que moraba en tierras galas. El *magister militum* aceptó gustoso la misión y pronto organizó un poderoso ejército nutrido por legiones de Roma y hordas aliadas provenientes del Rin. Con semejante contingente el general Constancio comenzó a hostigar a los visigodos expulsándolos de su territorio recién conquistado. De tal suerte que, a los pocos meses, la situación para Ataúlfo y los suyos era más que dramática, por lo que se vieron obligados a retirarse hacia el sur en busca de la necesaria protección pirenaica. En dicho retroceso los bárbaros sometieron la región a una política de tierra quemada, con lo que algunas ciudades, verbigracia Burdeos, quedaron reducidas a la ruina o a las cenizas.

A fines de 414 los visigodos ponían pie en tierra hispana, su primer objetivo fue la ciudad de Barcino (actual Barcelona), plaza que arrebataron a sus dueños vándalos mediante una cruel refriega. Para entonces los senti-

mientos de Constancio eran agridulces, pues si bien se podía considerar el vencedor en la guerra, no lo era tanto en el amor, al no poder disfrutar de su anhelada Gala Placidia, la cual seguía en brazos de su amado Ataúlfo y, para mayor preocupación de Roma, la flamante soberana visigoda se encontraba encinta a la espera de su primer hijo, por cuyas venas fluiría sangre tan bárbara como latina. Dicha noticia supuso un grave escándalo para la familia imperial romana y la comidilla no tardó en propagarse por todos los rincones del imperio. El hijo de Ataúlfo y Gala Placidia nació en Barcino a principios de 415 y sus padres quisieron llamarlo Teodosio en recuerdo y homenaje a su augusto abuelo; mientras, ofrecían mensajes de paz al iracundo Honorio, quien en un nuevo estallido de cólera desatendió cualquier signo de amistad hacia la pareja y exigió la devolución inmediata de su hermana antes de prolongar por más tiempo aquella tragedia, en la que incluso un bebé mestizo podría tener aspiraciones a ocupar el trono imperial.

De nada sirvió que Placidia influyera en su esposo para que este no siguiese combatiendo militarmente a Roma, asunto que enojó a su vez a los generales godos, los cuales recelaban cada vez más de la romana, a la que acusaban de ser una influencia negativa que perturbaba las buenas decisiones que debía asumir su rey. En definitiva, Gala se convirtió en un personaje incómodo para ambos mundos: por un lado, en Roma se la tachó de vulgar ramera al servicio de los enemigos del imperio y, por otro, en el seno del pueblo godo se la acusó de extranjera elitista que conservaba a ultranza su refinado espíritu romano por encima de los intereses primordiales que debía defender el rey Ataúlfo. Como vemos, un difícil entramado político y humano que abundó en la desgracia tras el fallecimiento repentino del pequeño Teodosio a causa, supuestamente, de una enfermedad letal. Con la inesperada muerte del heredero se difuminaron las esperanzas de la pareja en su sueño común de fortalecer el imperio bajo un cetro godo-romano. Las exequias por el pequeño Teodosio fueron ciertamente sentidas. Según se cree, el cuerpo del niño fue depositado en un ataúd de plata que encontró reposo final en una iglesia situada a las afueras de Barcino. La ceremonia mortuoria se desarrolló en medio del dolor expresado por sus padres, detalle que al parecer terminó por desatar la conjura de una facción goda desafecta al linaje baltingo, y de nada sirvió que el buen rey diseñase un plan de conquista sobre la totalidad de Hispania con el propósito de levantar un reino gótico a costa de suevos, vándalos y alanos, pues para entonces la gran mayoría de los nobles godos habían dejado de

creer en su monarca, al presuponer que su esposa romana le ensordecía el entendimiento impidiéndole una acción coherente de gobierno para más de doscientas mil almas necesitadas de pan y tierras donde asentarse.

En agosto de 415 Ataúlfo se encontraba revisando las cuadras de su palacio cuando un esclavo de nombre Dubius se abalanzó sobre él para clavarle en repetidas ocasiones un puñal que provocó heridas fatales en el cuerpo del soberano, el cual murió desangrado en los brazos de su querida Gala Placidia mientras musitaba palabras de ternura hacia ella y de paso el nombre de su hermano Walia como posible sucesor de su persona. La versión oficial explicó que Dubius se había vengado por las mofas que el monarca hacía sobre su escasa estatura, pero, como es obvio, casi nadie creyó esta hipótesis. También circuló de inmediato el rumor de que el posible instigador de aquel magnicidio fuera un tal Eberwulfo, al que algunos consideraban supuesto amante de Placidia y que pretendía la mano de esta. Aunque lo más probable es que el diminuto ser fuese un simple brazo ejecutor a sueldo de los disidentes unidos en complot contra Ataúlfo y a cuyo frente se situaba Sigerico, líder de la facción rival de los baltingos y, *¡oh casualidad!*, proclamado de forma rauda nuevo rey sin oposición alguna del aula regia, el organismo encargado de ratificar a los monarcas elegidos por el pueblo godo.

Una de las iniciales medidas adoptadas por el primer monarca godo proclamado en tierra hispana fue la de ejecutar sin compasión a los seis hijos de Ataúlfo, a fin de suprimir de forma taxativa cualquier futuro aspirante a ocupar el trono que con tanta sangre había adquirido. Nada más finiquitar este asunto Sigerico tornó su agresiva mirada hacia Gala Placidia, a quien deseaba eliminar como a los anteriores. Sin embargo, la romana constituía un bien demasiado preciado para los godos, pues con ella pensaban conseguir el ansiado rescate que con tanta insistencia les había negado el emperador Honorio. Y mientras se desarrollaban las negociaciones para tal propósito, Sigerico no pudo por menos que pasar sus horas de ocio atormentando a la antigua reina con humillaciones públicas tales como hacerla caminar descalza en compañía de esclavos durante más de veinticuatro kilómetros para deleite del infame soberano y sus acólitos. A estas alturas Placidia, quien apenas contaba veinticinco años de edad, ya albergaba experiencias vitales tan distintas como las de ser princesa imperial de Roma, rehén de los bárbaros, reina de los mismos, viuda de un soberano, madre dolorosa al perder su primogénito y, ahora, cautiva y sometida a

vejeciones a la espera de conocer un incierto futuro. En todo caso, su última palabra aún no estaba pronunciada, pues Roma no la había olvidado.

REGENTE DE UN IMPERIO

Tras siete días de horror y sangre, el rey Sigerico fue asesinado por los leales a Walia, hermano de Ataúlfo y, por tanto, legítimo continuador del linaje baltingo al frente del pueblo visigodo. Nadie osó proferir protestas por el regicidio y sin dilación se proclamó al tercer soberano que los godos de Hispania tuvieron en tan solo una semana. Por su parte, Gala Placidia recibió la libertad por mano de su admirado cuñado, el cual intentó restablecer las conversaciones con los romanos a fin de encontrar la solución más lógica a la encrucijada que planteaba la presencia de aquella entre la tribu germana. Finalmente, en 416, el emperador Honorio accedió a negociar un pacto por el cual su hermana sería devuelta a Roma a cambio de seiscientos mil modios de trigo (1 modio equivalía a 8,75 kg), una magna fortuna que erradicó durante una larga temporada la hambruna endémica de los godos. Ya de paso, el hábil Walia se comprometió a limpiar de enemigos bárbaros la península ibérica en un gesto que en principio parecía servir a Roma, si bien, la verdadera intención del jefe visigodo no era otra sino la de preparar el solar para la edificación de un reino propio e independiente.

Mientras tanto Gala esperó con paciencia la consumación del acuerdo y, cuando este fue cumplido por ambas partes, se embarcó rumbo a la ciudad eterna que con tanta expectación esperaba recibirla. Junto a ella viajó un escaso bagaje personal y el ataúd que protegía los restos de su querido hijo Teodosio. Una vez en Roma la bella patricia se presentó ante su hermano Honorio, quien la recibió con verdaderas muestras de cariño a pesar de la afinidad con los bárbaros que Placidia había mostrado en su tiempo de presunto cautiverio. El emperador le explicó sin dilación que tenía grandes planes para ella y que contaba de antemano con su aprobación para el compromiso nupcial que ya se había establecido con el general Constancio, quien nada más verla volvió a expresar sus más puros sentimientos de amor hacia la princesa de sus sueños. Gala en esta ocasión aceptó su destino y se desposó con el bravo militar, dispuesta a emprender una nueva aventura en su vida, aunque sin olvidar aquel pasado lleno de momentos felices al lado de su memorable Ataúlfo.

La boda se celebró en 417 y al poco tiempo quedó patente la profunda antipatía que Placidia sentía hacia su segundo marido, pero este, lejos de sentirse ofendido, continuó con sus alardes románticos obedeciendo en cada momento cuantas órdenes recibía de su esposa. De hecho, a lo largo de su relación Gala siempre mantuvo la amenaza de divorcio en caso de que no fueran atendidas sus continuas peticiones y deseos; además, se sirvió del amor confeso de su cónyuge para hacer prevalecer sus innegables dotes para la política y, en consecuencia, fueron no pocas las circunstancias en las que Placidia intervino anticipándose a su marido en la toma de decisiones cruciales para el buen gobierno del imperio occidental. En 418 nació Justa Grata Honoría y un año más tarde su hijo Flavio Plácido Valentiniano, llamado a ser futuro emperador de Occidente, dada la falta de descendencia del enfermizo Honorio. El 8 de febrero del año 421, Constancio fue elevado a la dignidad de augusto por parte de un agradecido Honorio, quien no encontró mejor forma de premiar los servicios prestados por su buen general proclamado ahora coemperador bajo el nombre de Constancio III. Y es aquí donde se pudo constatar la influencia que Gala Placidia ejercía en su esposo y en su hermano, pues ambos convinieron en distinguirla como augusta, lo que de facto la convertía en continuadora de la línea sucesoria imperial, justo lo que ella ambicionaba. Sin embargo, poco duró la alegría de Constancio, quien, muy envejecido, murió el 2 de septiembre de ese mismo año sin que al parecer su viuda derramase excesivas lágrimas; en cambio, sí acertó Gala a ordenar la construcción de un imponente mausoleo de estilo bizantino en Rávena con el fin de custodiar los restos mortales de su esposo y otros seres queridos como, por ejemplo, su hijo muerto en Barcino. Más tarde el enérgico carácter de Placidia chocó con fuerza con la difícil personalidad de su hermano y este, según se cree, la desposeyó en el año 423 de sus rangos imperiales enviándola en compañía de sus hijos a un dulce exilio en Constantinopla, donde fue protegida en la corte del emperador oriental Teodosio II.

Pero una vez más la suerte se alió con la incombustible romana y el 15 de agosto de ese mismo año falleció Honorio, como ya hemos apuntado, sin herederos y con escasos méritos en sus años de gobierno, salvo que suprimió definitivamente al principio de su mandato la lucha de gladiadores, solo por eso merece nuestro respeto. En cuanto a su hermana, nada más enterarse del óbito imperial, recabó los apoyos de Teodosio II para regresar a Italia dispuesta a exigir un lugar en la historia, a la par que reivindicaba los derechos

de su hijo Valentiniano. Estos le fueron reconocidos no sin trabas, pues algunos usurpadores pretendieron vestir la púrpura imperial en aquel tiempo de inestabilidad política, pero no lo consiguieron y Gala recuperó su título de augusta el 23 de octubre del año 424 y, además, su hijo fue proclamado emperador bajo el nombre de Valentiniano III, con tan solo seis años de edad, en octubre del año 425, siempre bajo la escrupulosa regencia de su madre. En efecto, Gala Placidia fue regente del Imperio romano occidental durante doce años en los que nada se movió ni se hizo sin su consentimiento, siendo la primera mujer del mundo antiguo que llegó tan lejos en el ejercicio de la autoridad. Ciertamente es que era regente y no emperatriz, pero a nadie escapa que usó el poder y marcó las tendencias como si de una emperatriz se tratase, sin grandes oposiciones en el conglomerado político de Roma, pues los senadores vieron en ella las cualidades diplomáticas que adornaron a Teodosio, el recordado padre de Placidia, quien, por otra parte, jamás olvidó sus vínculos con Oriente ni la amistad con el emperador Teodosio II, del cual obtuvo no solo la alianza militar, sino también fórmulas de derecho civil enmarcadas en el celebrado *Código Teodosiano*, una herramienta jurídica de imprescindible calado y cuyas reminiscencias llegan hasta nuestros días. Dicho cuerpo de leyes fue aplicado por Placidia en Occidente, lo que sin duda insufló un vigoroso aliento en aquella sociedad sometida a una decadencia sin retorno. Asimismo, durante estos años de regencia, Gala recuperó las mejores esencias de su progenitor y estableció acuerdos de paz con las potencias rivales, mientras desplegaba poder bélico como advertencia. También respetó las pretensiones bárbaras que se elevaban desde las fronteras imperiales, ella misma había sido uno de ellos y comprendía a la perfección el ansia de expansión y libertad de los pueblos germánicos, por lo que siempre obró con generosidad en ese capítulo. De igual modo, se involucró en la religiosidad creciente de la época y, al ser consumada cristiana, favoreció la construcción de iglesias mientras fomentaba múltiples actos de solidaridad con los necesitados, un asunto que le granjeó las simpatías de la curia eclesiástica, que la tuvo entre sus más fieles aliados.

Una vez que su hijo alcanzó la mayoría de edad, Gala Placidia pudo concluir su trabajo en el año 437 uniendo la vida de Valentiniano III a la de Eudoxia, hija del emperador oriental y gran amiga de Teodosio II. Fue, a decir de muchos, uno de los últimos episodios de felicidad para Roma. La propia Placidia, satisfecha por el trabajo realizado, aún pudo mantenerse en primera línea de actualidad interviniendo en algunas cuestiones po-

líticas muy a pesar de su hijo, el cual deseaba zafarse de la larga sombra procurada por su carismática madre. En esos últimos años de su vida aquella mujer, que sería recordada por su inteligencia y serenidad, dedicó sus bríos a embellecer Rávena, la ciudad donde reposaban sus seres amados y donde ella misma quiso ser enterrada. Al fin su destino en la tierra concluyó el 27 de noviembre de 450, fecha en la que Gala Placidia falleció cuando contaba sesenta años de edad. Su muerte fue llorada por todos, incluidos los godos que la recordaban desde las tierras de Hispania. Su desaparición dio paso al capítulo final del Imperio romano occidental que apenas pudo prolongarse veinticinco años más. Sin embargo, su testigo sería tomado por otras mujeres tan valerosas como ella y que justificaron en otros reinados que las féminas estaban tan capacitadas como los hombres para conducir naciones e imperios.

Hoy en día el recuerdo de Gala Placidia es confuso y casi nadie se acuerda de esta intrépida por cuyas venas circuló la mejor sangre hispana, tan solo algunas calles evocan su memoria y por supuesto la plaza que lleva su nombre en Barcelona, la ciudad donde afloró su primera sonrisa materna y que la contempló como primera reina del linaje visigodo en Hispania.